Los catalanes en la Gran Guerra: un mito que perdura

JOAN ESCULIES Y DAVID MARTÍNEZ FIOL

Un mito es un relato de hechos prodigiosos protagonizados por seres extraordinarios. Los mitos forman parte de las creencias de una cultura, de una comunidad, que los considera historias verdaderas, y tienen diversas funciones; entre ellas, la de explicar o justificar la razón de ser de algún aspecto de la vida social o individual. Una vez aceptados y asumidos, rebatir los mitos es una cuestión compleja. Y no porque desde una perspectiva científica sean difíciles de desenmascarar, sino porque están tan arraigados en la propia convicción, se asimilan de un modo tan natural, que cualquier prueba que los distorsione topa sistemáticamente con el rechazo del creyente.

Los nacionalismos no son los únicos creadores de mitos, por supuesto, pero se encuentran entre las ideologías más propicias a inventarlos. La razón es sencilla: la nación es un estado mental, una comunidad imaginada, formada por individuos que reconocen en sus contemporáneos, conocidos o desconocidos, pero también difuntos e incluso futuros, unas características compartidas. Unos rasgos que permiten aseverar «tú eres de los míos», o bien «tú eres de los otros». Entre los elementos del mortero que utiliza esta comunidad para ligarse, para evitar la disgregación y dejar de ser imaginada, los mitos tienen un papel fundamental.

Desde tiempo inmemorial, los mitos se han transmitido primeramente por la palabra, después por la palabra y la letra impresa y, ya a comienzos del siglo xx, en pleno auge de la sociedad de masas, a través de cualquier medio de comunicación disponible. A partir de ese momento, la propaganda en vías de perfeccionarse con objeto de extender más y mejor aquello que se pretendía divulgar —no para informar, sino para convencer— se convirtió en un factor clave para la propagación de los mitos. En el caso de Cataluña, uno de los más sobresalientes, surgido de las filas de los primeros separatistas —hoy los llamaríamos independentistas—, fue el de los doce mil voluntarios catalanes que lucharon en la Primera Guerra Mundial.

Cuando, a finales de julio de 1914, estalló la Gran Guerra, España se declaró neutral. Pero a pesar de la postura inicial, en los cuatro años que duró el conflicto los sectores sobre todo intelectuales, políticos y profesionales de las clases medias de las sociedades española y catalana tomaron posiciones a favor o en contra de los Imperios Centrales —Alemania, Austria-Hungría y Turquía— y de los Aliados o Entente Cordial —Francia y los imperios británico y ruso—, a los que luego se sumarían los Estados Unidos e Italia. Sin embargo, España no vivió en ningún caso un enfrentamiento civil entre partidarios de uno u otro bando: el elevado analfabetismo del país hacía que mucha gente, quizá la mayoría de las personas, a duras penas supieran situar Bélgica en el mapa, y aún menos los Dardanelos.

Entre los segmentos que participaron en la discusión ideológica se establecieron dos maneras profundamente contrapuestas de entender la organización sociopolítica de Europa y del mundo. Una gran parte de los sectores ultraconservadores y derechistas veía en los Imperios Centrales a los constructores de una moderna utopía autoritaria, imperialista y militarizada. Por el contrario, los sectores liberales, republicanos y socialistas veían en la Entente una opción de regeneración política europea en clave democrática y ambiguamente antiimperialista. En Cataluña, y en especial entre la mayor parte de los sectores catalanistas, se impuso la creencia de que los Aliados defendían una Europa liberada de monarquías y republicana, donde las pequeñas nacionalidades *oprimidas* por estados dictatoriales y centralistas recuperarían la libertad perdida en épocas ancestrales.

Por esa razón, una buena parte del catalanismo quiso creer que el conflicto era «una guerra para acabar con todas las guerras», siempre que la victoria final recayese en los Aliados. Se entendía que liberalismo y democracia eran sinónimos de pacifismo. Un pacifismo sui generis, no obstante, porque presuponía que la paz definitiva únicamente se lograría por la fuerza de las armas. De este modo, desde diferentes sectores del catalanismo, y en particular desde el separatismo —entonces muy minoritario—, se llegó a la conclusión de que aquella guerra era la gran oportunidad para derrocar la monarquía española y transformarla en una república. Esta mutación del Estado permitiría la liberación de Cataluña en forma de un estado autónomo, federal o confederal en una España o una Iberia, incluyendo a Portugal, o incluso —si bien ésa era una idea minoritaria— en forma de un estado independiente, según cómo soplaran los vientos de las diplomacias europeas.

Este silogismo hizo que la propaganda aliadófila en Cataluña resaltase la predisposición de los catalanes a ofrecer su vida de manera desinteresada a la causa de la Entente y, en concreto, a la Francia republicana y democrática. Eso significaba que los catalanes debían enmendar lo que se consideraba un error político de signo germanófilo del gobierno del Estad o —la neutralidad— y alistarse de forma voluntaria en las filas del ejército francés. De ahí a presentar a cualquier catalán enrolado en la legión extranjera francesa —porque sin la nacionalidad gala no podían luchar en las líneas del ejército regular— como un «voluntario catalán» sólo había un paso.

Por otra parte, habida cuenta que los partidos catalanistas no podían imitar la *union sacrée* francesa en defensa de la Entente a causa de las lógicas discrepancias electorales e ideológicas, esa «unión sagrada» se forjó de la mano de personajes, amigos entre sí, que representaban todas las tendencias. La entidad que los agrupó a partir de febrero de 1916 fue el Comité de Hermandad con los Voluntarios Catalanes, cuya figura más destacada sería un miembro y dirigente de la Unió Catalanista, el doctor Joan Solé i Pla. El llamado «padre de los voluntarios», como buen separatista, contribuyó al hecho de que la labor del comité se asimilara a esta opción política, pese a que la Lliga Regionalista, de manera más o menos visible, siempre se sirvió del citado ente. El Comité de Hermandad organizó colectas para enviar dinero, víveres, tabaco y ropa a los combatientes catalanes.

Paralelamente a su trabajo en el comité, Solé i Pla, bajo el seudónimo de Arnau de Vilanova, tejió una auténtica ficción de una Cataluña aliada con la Entente y en guerra contra los Imperios Centrales desde las páginas de sus limitados órganos de prensa afines, como La Nació, Renaixement o Iberia. Cataluña se dibujaba en ellas como si fuera una entidad política institucional separada de España, ya que precisamente se trataba de dar a entender a los Aliados que, mientras la monarquía de Alfonso XIII, aunque adoptase una apariencia de neutralidad, era germanófila, Cataluña en cambio era total y abiertamente aliadófila. Por descontado, no eran ciertas ni una cosa ni otra. Los sucesivos gobiernos españoles, a pesar de las orientaciones de algunos de sus presidentes, convirtieron la nación en un «Estado neutral pro aliado». Y esto fue así por una cuestión práctica: sin la capacidad de intervenir en el conflicto por el pésimo estado en el que se encontraba el ejército, una posición favorable a los Imperios Centrales

habría ocasionado la pérdida inmediata de las Islas Canarias y las Islas Baleares a manos de las flotas británica y norteamericana.

Sea como fuere, en este marco imaginario los aliadófilos catalanes —con la propaganda de Solé i Pla a la cabeza— creyeron que la aportación militar de los «voluntarios» sería recompensada por los Aliados al final del conflicto con la concesión de un autogobierno para Cataluña, mucho más amplio, evidentemente, que la recién estrenada Mancomunitat. Por lo tanto, formularon otro silogismo: cuanto mayor fuera el número de catalanes que participasen en el contingente de la legión, más posibilidades habría de ser escuchados. Aquí radican el origen y la importancia del mito en torno a los combatientes catalanes. Fue así como se pasó de la cifra inicial de un millar de soldados anunciada en 1915 a presentar dos mil; y en el otoño de 1918, en el momento de firmar el armisticio, ya eran entre diez y doce mil catalanes. El artífice de aquella exageración numérica fue Emmanuel Brousse, diputado en la Asamblea Nacional francesa por el departamento de los Pirineos Orientales, y también un exaltado filorregionalista y filocatalanista.

La cifra probable de catalanes enrolados en la legión rondaba el millar. Pero, además, la motivación que los había llevado a alistarse no era el catalanismo. Algunos ya hacía años que formaban parte de la legión como *modus vivendi*; otros vivían en Francia al estallar la guerra, y enrolarse les permitió superar la miseria económica y profesional. Entre ellos había incluso numerosos lerrouxistas —azote del catalanismo a principios del siglo xx— que se establecieron en el país vecino huyendo de la represión derivada de los acontecimientos adherentes a la revolución de julio de 1909, la Semana Trágica. Sólo un pequeño grupo de catalanes había salido de Cataluña en busca de la aventura bélica y, de éstos, una cantidad aún menor, a lo sumo una cuarentena, podían considerarse nacionalistas catalanes.

La aliadofilia catalana tomó como ejemplo para su propaganda la presencia —hasta que, en mayo de 1915, Italia entró en la guerra— de unos dos mil italianos en las filas de la legión extranjera francesa, a los que dieron el nombre simbólico de Legión Garibaldina. Era un título que cobraba sentido en la medida que los jefes políticos y militares de los «voluntarios italianos» eran los nietos del líder del Resurgimiento italiano, Giuseppe Garibaldi. Siguiendo este modelo, Solé i Pla y los suyos se afanaron en encontrar combatientes con fervor patriótico, pero también de

reconocida vocación intelectual. Buscaron, por así decirlo, una versión moderna en clave republicana y nacionalista del cronista de los almogávares, Ramon Muntaner; de alguien que luchase y explicara los combates al mismo tiempo.

Lamentablemente, el drama fue la imposibilidad de hallar a esta figura, porque incluso los nombres de mayor relieve, como Pere Ferrés-Costa, Camil Campanyà o Daniel Domingo Montserrat, eran personajes de quinta fila en el panorama político e intelectual catalán. Los dos primeros, por añadidura, murieron a poco tardar en la contienda armada. Esto significaba que, en el panorama cultural internacional, los «voluntarios» estaban destinados a ser unos eternos desconocidos, a diferencia de otros movimientos nacionalistas que contaban con representantes de renombre internacional. A falta pues de esta figura, Solé i Pla y otras plumas aliadófilas se encargaron de reelaborar los episodios que les relataban de manera inconexa los catalanes del frente, en su mayoría casi analfabetos. Apareció así la imagen de unos almogávares que resucitaban el ideal militar catalán, siempre dispuestos a expandir por el mundo la civilización patria con la pluma y el fusil. Ellos eran, como los caballeros medievales, la expresión de una nueva hornada de quijotes decididos no a rescatar a bellas damas en peligro, sino a liberar nacionalidades sometidas al yugo de unos imperios agresivos y militaristas.

En consecuencia, la tradición —el recuerdo de los almogávares— y la modernidad —la defensa de la civilización y, por ende, del espíritu *noucentista* propio del momento— confluyeron en el imaginario propagandístico. Lo que más destacaron los publicistas fue la valía moral, cívica y cultural de aquellos soldados como punta de lanza de una Cataluña que juzgaban política y económicamente avanzada. Confiaban en que, con estas características, los Aliados tomarían en consideración la participación catalana en la guerra y resolverían el pleito nacional de los catalanes frente a una España «retrógrada, centralista, monárquica y bárbara».

Una vez terminada la guerra, el gobierno español se aseguró —aunque parecía harto improbable— de que los Aliados no intervendrían en los asuntos internos del Estado. No le resultó difícil; las grandes potencias ya tenían suficientes quebraderos de cabeza con la espinosa tarea de redibujar las fronteras del centro y el este de Europa en el marco de la conferencia de paz de París, cuyas negociaciones se prolongaron todo el primer semes-

tre de 1919. Añadir nuevos agravios nacionales no sólo suponía ir contra la *Realpolitik*, sino que era, además, una locura. Pero en Cataluña la euforia que había desatado el final de la Gran Guerra derivó en una campaña para la promulgación de un Estatuto de Autonomía encabezada por la Lliga Regionalista. Tras la muerte de Enric Prat de la Riba, el líder indiscutible de la formación, Francesc Cambó, estaba dispuesto a utilizar como espantajo ante Madrid las demandas separatistas de una intervención aliada en los asuntos españoles con vistas a conseguir su objetivo autonómico, pero nada más. La huelga de La Canadiense, en febrero de 1919, puso fin al sueño regionalista. Con los obreros en las calles de Barcelona, los catalanistas conservadores prefirieron guardar en el cajón el proyecto del Estatuto y apoyar al gabinete ministerial español para evitar que germinase la revolución.

Entretanto, los separatistas se creyeron su propia propaganda y un astuto Solé i Pla, por «bien quedar» y cuidando sobre todo de no verse desbordado por quienes eran más radicales que él, envió a París a su mano derecha, Josep Castanyer. Éste, juntamente con el excombatiente Daniel Domingo, en nombre de un nebuloso Comité Pro Cataluña y como «legítimos representantes de Cataluña en la conferencia de paz», intentaron reunirse con el presidente norteamericano Woodrow Wilson y otros mandatarios. No les recibió nadie que tuviera un cierto rango más allá del *embajador* serbio en París, Milenko Vesnić.

El paseo, eso sí, sirvió para difundir entre las representaciones de las cancillerías montañas de papeles que *demostraban* la presencia de los miles y miles de catalanes que habían combatido a favor de los Aliados. Los «voluntarios catalanes», naturalmente, en cuanto finalizó la guerra continuaron sirviendo como legionarios o regresaron a Francia, cual héroes vencidos de un *western* crepuscular, para buscarse la vida tal y como habían hecho antes de que comenzaran las hostilidades. Al no poder presentar ni una ínfima prueba sobre aquellos millares de catalanistas que supuestamente habían respaldado a los Aliados, tan sólo quedaba la tangible proliferación de propaganda escrita. Hoy, pese al fracaso de la operación, todavía hay quien busca a los doce mil «voluntarios catalanes»: el mito perdura.